

NI 17468

R. 14520

E 3448



CUADERNOS DE LA FUNDACION

Nº 19

* * * * *

UNA TEORIA DE LA EDUCACION

Autor: D. Jesús de Garay Suárez-Llanos
Universidad de Sevilla

Febrero, 1994

LISTA DE CUADERNOS DE LA FUNDACION MAPFRE ESTUDIOS EDITADOS:

1. FILOSOFIA EMPRESARIAL
2. RESULTADOS DE LA ENCUESTA SOBRE "ALTOS PROFESIONALES DE SEGUROS" (A.P.S.)
3. DIRECCION Y GESTION DE LA SEGURIDAD
4. LOS SEGUROS EN UNA EUROPA CAMBIANTE: 1990-1995 (No disponible)
5. LA DISTRIBUCION COMERCIAL DEL SEGURO: SUS ESTRATEGIAS Y RIESGOS
6. ELEMENTOS DE DIRECCION ESTRATEGICA DE LA EMPRESA
7. LOS SEGUROS DE RESPONSABILIDAD CIVIL Y SU OBLIGATORIEDAD DE ASEGURAMIENTO
8. LA IMPLANTACION DE UN SISTEMA DE CONTROLLING ESTRATEGICO EN LA EMPRESA
9. TECNICAS DE TRABAJO INTELECTUAL
10. DESARROLLO DIRECTIVO: UNA INVERSION ESTRATEGICA
11. EL CONCEPTO DE SEGURIDAD EN LA CIENCIA Y LA CIENCIA DE LA SEGURIDAD
12. LOS SEGUROS DE SALUD Y LA SANIDAD PRIVADA
13. CALIDAD TOTAL Y SEGURIDAD
14. EL REASEGURO DE EXCESO DE PERDIDAS (en imprenta)
15. EL COSTE DE LOS RIESGOS EN LA EMPRESA ESPAÑOLA 1991
16. LA LEGISLACION ESPAÑOLA DE SEGUROS Y SU ADAPTACION A LA NORMATIVA COMUNITARIA

NUMERO ESPECIAL: INFORME SOBRE EL MERCADO DE SEGUROS 1992

17. MEDIO AMBIENTE SEGURO: DESARROLLO FUTURO
18. EL SEGURO DE CREDITO A LA EXPORTACION EN LOS PAISES DE LA OCDE (Evaluación de los resultados de los aseguradores públicos)
19. UNA TEORIA DE LA EDUCACION

Copyright: F.M.E.

Prohibida la reproducción total o parcial de este trabajo sin el permiso escrito del autor o de la FUNDACION MAPFRE ESTUDIOS.

UNA TEORIA DE LA EDUCACION

**Autor: D. Jesús de Garay Suárez-Llanos
Profesor Titular de Historia de la Filosofía (excedente)
Universidad de Sevilla
Profesor del CUMES**

PRESENTACION

Libertad, educación y saber universitario son conceptos barajados por el autor, Dr. D. Jesús de Garay, que apuesta por una Universidad que ayude al individuo más a desarrollar su madurez para la resolución de problemas que a la repetición de conocimientos doctrinales.

Enseñar a pensar es el reto planteado a quienes tenemos la responsabilidad de formar en las aulas.



UNA TEORÍA DE LA EDUCACIÓN

Sumario:

1. Definición de educación.
2. La comunicación en la educación.
3. La libertad en la educación.
4. La educación universitaria.
5. La educación de la inteligencia.



1. DEFINICIÓN DE EDUCACIÓN

La etimología es un viejo recurso para aproximarse al significado de las palabras. La palabra 'educar' está emparentada con la voz latina 'educere', que significa 'sacar fuera'. ¿Qué se saca fuera en la educación? Un tipo de personas. Más exactamente, un ideal de hombre. Es decir, la educación se propone como objetivo lograr un ideal de hombre. Unos padres, por ejemplo, desean que su hijo sea de una manera determinada; y procuran educarlo de acuerdo con ese proyecto ideal.

Ahora bien, tratar de lograr un 'tipo ideal de hombre' supone, en primer lugar, un concepto de lo que es el hombre: de lo que ya es. Por ejemplo, hay quien cree que el hombre es sólo materia; otros afirman que tiene un alma inmortal; hay quien piensa que el hombre es libre, mientras que otros, por el contrario, dicen que está enteramente determinado. Etcétera. Existen muchos conceptos de hombre. Pero sea el que sea, se necesita uno en la educación. Con otras palabras, toda teoría de la educación tiene en el fondo una teoría acerca del hombre: o sea, una antropología.

En segundo lugar, hablar de un 'tipo ideal de hombre' supone un concepto de lo que el hombre puede ser. Es decir, no sólo es preciso tener un concepto de lo que el hombre ya es, sino además un concepto de lo que el hombre puede ser: de lo posible para el hombre. Una teoría de la educación se ocupa de lo posible -de lo realmente posible- para el hombre. Resultaría absurdo esforzarse por conseguir algo que ya se posee o algo que es imposible de obtener.



Por ejemplo, la educación no se propone que el hombre tenga dos ojos, puesto que ya los tiene, ni tampoco procura que tenga tres, porque es imposible; en cambio, sí cabe educar al hombre para que mire mejor. De la misma forma, una educación de la inteligencia no busca que alguien tenga inteligencia, puesto que ya la tiene; ni aspira tampoco a que sepa absolutamente todo, porque es imposible; pero sí desea que sepa más y mejor. En síntesis, el hombre ideal al que aspira cualquier teoría de la educación es un hombre posible.

Ahora bien, como es obvio, el hombre real y ese hombre ideal no coinciden. Precisamente, la educación tiene como objetivo salvar la distancia entre ambos. Una distancia posible de salvar. Se supone que salvar esa distancia es mejorar: significa un progreso, un crecimiento, una madurez. Y la educación trata de facilitar ese progreso, porque nadie mejora automáticamente: siempre cabe seguir igual o incluso empeorar.

Brevemente, todo esto significa que una teoría de la educación es una teoría ética. Toda ética, en efecto, ofrece un modelo ideal de hombre, que debe ser alcanzado en tanto es el bien mismo del hombre. Y precisamente por eso, la ética es esencialmente práctica: determina cuál debe ser la conducta del hombre para alcanzar ese bien.

Sin duda, existen muchas interpretaciones acerca del bien del hombre. Así como hay opiniones muy dispares acerca de quién es el hombre, también existe una enorme divergencia en torno a cuál es el hombre ideal. La gente no se pone de acuerdo en determinar quién es el hombre bueno. Esa pluralidad de opiniones éticas se traduce en una amplia oferta de proyectos educativos.



Por ejemplo, hay padres que desean que su hijo sea enteramente libre, que aprenda a decidir por su cuenta, que sea independiente... Otros padres, en cambio, ponen en primer plano la educación religiosa. Otros la fortaleza física. Algunos dan gran importancia a la firmeza de carácter. Hay quienes desean ante todo que sus hijos ganen mucho dinero o que gocen de un gran prestigio social. Quizá a muchos padres lo único que les importa es que su hijo sea feliz: o, al menos, que no sufra. Etcétera, etcétera. Son diversas interpretaciones de lo que es un 'hombre bueno', que determinan en cada caso un modelo de educación. Por supuesto que en general no son ideales incompatibles. Pero poner el acento en un aspecto o en otro, sin duda configura proyectos educativos distintos.

Con todo, la educación es sólo una parte de la ética. Se pueden distinguir dos ámbitos de la ética. Por una parte, el mejoramiento de uno mismo. Por otra, el mejoramiento de los demás. Dicho de otra manera: es distinto mejorar uno mismo con las propias fuerzas que mejorar con la ayuda de los demás. Sólo el segundo aspecto tiene que ver con la educación.

Es decir, todos los hombres tienen proyectos. Y en especial un proyecto sobre sí mismos. El proyecto, como ha subrayado Heidegger, define al ser mismo del hombre. En consecuencia, el hombre trata de cumplir ese proyecto ideal que tiene de sí. Buscar más dinero, o más placer, o más afecto, o más virtud, o más saber, o lo que sea: siempre algo que uno considera como su proyecto de vida. Ciertamente éste es un aspecto importante de la ética, pero no pertenece directamente al ámbito de la educación.



La educación tiene que ver, más bien, con las influencias externas que el hombre recibe. Por decirlo así, el hombre es educado desde fuera, no desde dentro. Por supuesto que muchas teorías de la educación, ya desde Sócrates, insisten en fortalecer la decisión interior de los educandos, para que mejoren ellos mismos, según el proyecto que, también ellos mismos, deciden. Pero, en cualquier caso, la educación supone siempre una cierta acción externa sobre la persona a quien se quiere educar.

Influencias externas todos recibimos muchas. Buenas y malas. Por ejemplo, los cuidados médicos recibidos cuando nacemos son una ayuda importante para nuestra salud futura. El ambiente social define igualmente buena parte de nuestra conducta: si nadie es puntual, es más difícil serlo uno mismo; si todos mienten, es fácil mentir también nosotros; si nadie trabaja, lo normal es que uno mismo trabaje poco; etcétera. El ambiente externo y, en concreto, la influencia de los demás hombres sobre nosotros es determinante para nuestro proyecto ético.

En resumen, la educación es una cierta influencia que unos hombres ejercen sobre otros, con objeto de que mejoren. Esa influencia se ejerce desde un determinado proyecto de hombre: a saber, el proyecto de los educadores.

O de otro modo, lo primero que alguien debe plantearse cuando trata de educar a otras personas es:

- 1º) Con qué concepto de hombre actúa.
- 2º) Qué entiende por 'hombre bueno'. Cuál cree que es el bien del hombre. Cuál es su proyecto de hombre.



Hay un tercer aspecto, no considerado hasta ahora, pero de gran importancia en círculos pedagógicos: de qué modo influir en otras personas. Es la cuestión del método. Sin duda es importante acertar con las técnicas educativas. En caso contrario, probablemente se descubrirá con amargura que el método seguido ha conducido exactamente a un punto distinto del que inicialmente se había querido alcanzar. Pero la atención al método no debe llevar a pensar ingenuamente que los dos pasos anteriores son obvios. Muy al contrario, lo normal es que existan muchas discrepancias: y precisamente por esas divergencias, las técnicas pedagógicas suelen ser tan diversas. Rousseau y Platón proponen métodos distintos para la educación, porque parten de presupuestos antropológicos y éticos bien diferentes.



2. LA COMUNICACIÓN EN LA EDUCACIÓN

Un modo más preciso de referirse a la influencia característica de la educación es hablar de 'comunicación'. La educación es una cierta comunicación. Un hacer común. Comunicar procede de 'común'. Existe la comunicación cuando algo que yo tengo y otro no tiene, pasa a ser común a ambos. Había una separación, y ahora hay comunidad. También se podría hablar de información: unas formas (in-formar) pasan de un emisor (el educador) a un receptor (el educando). En toda comunicación hay una transmisión de formas, que son compartidas por el emisor y el receptor. Con otras palabras, la *formación* del educando consiste en comunicarle unas formas y unos contenidos determinados, que lo configuran según un determinado proyecto de hombre.

Quizá sea útil proponer una rápida clasificación de clases de comunicación. En primer lugar, hay que reconocer que se puede hablar de 'comunicación' incluso al margen del hombre: por ejemplo, entre hormigas. También se usa la palabra 'comunicación', cuando el hombre se relaciona con la Naturaleza material: es decir, cuando comunica algo suyo a la materia. Por ejemplo, cultivar la tierra es comunicar a la tierra un orden que antes estaba sólo en el hombre: es trans-formarla según un proyecto del hombre.

En cualquier caso, el modo más habitual de usar la palabra 'comunicación' es para referirse a la comunicación entre personas humanas. Se habla por ejemplo de los medios de comunicación de masas (periódicos, televisión...), de las comunicaciones en general (correos, teléfono...), de la comunicación en la empresa, etc. Pues bien, dentro de la comunicación humana quizá la división más elemental es en violenta y libre.



La comunicación humana es violenta cuando se impone por la fuerza. El ejemplo más característico es la guerra. Quien gana una guerra, impone sus leyes a los vencidos. Les comunica algo por la fuerza. La educación, a veces, es interpretada así. "La letra con sangre entra" es un lema clásico de la educación.

Un ambiente de violencia se caracteriza por el miedo: cuando el miedo regula las relaciones entre profesores y alumnos, probablemente la relación es violenta. El miedo genera la mentira y la mentira es una forma típica de violencia. En este sentido, es frecuente que la comunicación entre profesores y alumnos sea violenta: hay miedo por ambas partes, desconfianza, amenazas, venganzas, engaños... En general prevalece la ley del más fuerte, que suele ser el profesor (aunque no siempre). Es la interpretación de la educación como un combate, como un pulso tenso entre el profesor y el alumno.

Pero la comunicación humana también puede ser libre, si se acepta por ambas partes. Quizá el ejemplo más fácil es la conversación entre dos personas amigas: es una comunicación enteramente libre. Señal clara de libertad es la completa libertad de expresión: ante un amigo se puede decir lo que se quiera y como se quiera. Sin temor de ningún tipo. En la amistad se hacen comunes todo tipo de intimidades.

La comunicación libre entre los hombres adopta multitud de variantes. Ya se ha aludido a la conversación amistosa. También se podría aplicar a la discusión científica. O a la compraventa. O a la participación en un club de fútbol. Para clasificar las diversas formas de comunicación libre, quizá el mejor criterio sea la reciprocidad. Es decir, en unos casos la comunicación libre es recíproca, pero en otros no.



Reciprocidad significa correspondencia mutua: o sea, una igualdad en la correspondencia del uno al otro. Una cierta igualdad es un rasgo esencial de la reciprocidad. Pues bien, unas veces la comunicación libre es recíproca y otras no lo es: es decir, en unos casos hay igualdad entre lo que hacen aquellos que se comunican y en otros casos no hay igualdad.

El intercambio es la forma característica de la comunicación recíproca. Sin reciprocidad no existe el intercambio. Yo te doy determinadas cosas si y sólo si tú me das a mí otras iguales. El ejemplo más claro es el mercado. En el mercado, yo te doy algo, a cambio de que tú me des otra cosa del *mismo* valor. Hay igualdad en el intercambio. Y es enteramente libre por ambas partes. El contrato sella la libertad y el compromiso del intercambio.

La educación hoy es frecuentemente entendida así en muchos ámbitos: yo te doy unos conocimientos a cambio de dinero. Y se firma un contrato. Es decir, se ve la educación como una faceta más del mercado. Este planteamiento es típico en la educación privada, aunque no siempre ni sólo en ella.

Hay otras formas de comunicación libre en las que no es esencial la reciprocidad. Se comunica algo al margen de lo que el otro pueda dar a cambio. No hay igualdad entre lo que se da y lo que se recibe. No es intercambio: las cosas que se comunican no son del mismo precio; o por lo menos, se comunican independientemente de que lo sean. Quizá el concepto más apropiado para designar esta forma de comunicación es el de 'regalo'.



¿Por qué se hacen regalos? Porque se considera valioso al otro: merecedor del regalo, digno del regalo. No hay igualdad entre el regalo que se hace y el agradecimiento que se espera por el regalo hecho. Incluso se puede decir que en cierto modo no es esencial el agradecimiento. Se regala algo a alguien sin establecer una correspondencia de igualdad entre el regalo y lo que el otro pueda dar a cambio. Ciertamente si hacer un regalo supone esperar el *mismo* regalo por parte del otro, entonces propiamente habría que hablar de intercambio y no de regalo. O habría que buscar otra palabra distinta de la de 'regalo'. Del mismo modo, tampoco se podría hablar de regalo en el sentido que aquí se usa, si el regalo fuese un premio a cambio de una determinada conducta: nuevamente se trataría de intercambio, no de regalo, porque se establece una relación de igualdad entre el premio y la acción.

El regalo es el modo típico de entender la educación entre padres e hijos: los padres regalan a sus hijos una educación, sencillamente porque los aprecian: los consideran valiosos. En general, la comunicación de los padres con los hijos se define por el regalo, y no tanto por el intercambio. Aquello que los padres comunican a los hijos no se da a cambio de agradecimiento, o a cambio de atención en la vejez, o a cambio de un determinado comportamiento, etc. Sin duda estos elementos pueden existir, pero en general no definen la educación de los hijos por los padres.

Si se considera la educación en un amplio marco, en la perspectiva de toda la historia, se observa fácilmente la importancia del regalo. Una generación deja en herencia -como regalo- a las generaciones venideras todo un conjunto de conocimientos, de técnicas y de costumbres. La generación que muere no espera nada a cambio desde la tumba. Es un entregar el saber, la tierra y la misma vida. El afán de los padres por regalar a sus hijos señala firmemente los trazos de la historia de la humanidad. Examinada desde esta perspectiva, la educación no es un simple enseñar unos conocimientos a unos niños. La educación es mucho más que eso: es la misma unidad de la historia.



Por eso, para definir la historia de la humanidad se recurre frecuentemente al concepto de 'tradición'. Hay una entrega (*tradere*), una transmisión, una comunicación. Las naciones se consideran depositarias de tradiciones culturales más o menos lejanas. En general, la humanidad se ve a sí misma como depositaria de un tesoro acumulado después de muchos milenios.

Frente a lo señalado por Fukuyama, el fin de la historia sólo acecha cuando esa herencia es interpretada no como un tesoro sino como una carga pesada: es decir, cuando incluso la misma vida humana no es vista como algo valioso sino como una condena. Es ya un tópico aludir a la relación entre el descenso de la natalidad y el declive de las civilizaciones. En definitiva, la historia se acaba cuando no hay nada que regalar: entonces sólo queda la unidad biológica de la especie humana.

El regalo antecede generalmente al contrato. Existen contratos en educación porque hay gente que quiere regalar una educación a otras personas. Por ejemplo, unos padres firman un contrato con un colegio o con una Universidad para que enseñen algo a sus hijos, porque quieren hacerles ese regalo. Con el Estado sucede otro tanto, a la hora de patrocinar museos, universidades, o escuelas: lo hace porque quiere regalárselo a un pueblo.

En resumen, la educación es primariamente una forma de comunicación libre: concretamente un regalo. Es una forma de comunicación que no requiere reciprocidad, es decir no implica igualdad en la correspondencia. E incluso la comunicación de la educación constituye, de una manera particular, el vínculo de la historia: sin regalo no hay unidad cultural entre las generaciones.



3. LA LIBERTAD EN LA EDUCACIÓN

No obstante, el regalo ha de ser aceptado libremente. Sin aceptación no existe propiamente regalo. No basta querer hacer un regalo a alguien: es necesario que el interesado lo acepte. Un regalo puede ser recibido como una humillación, un insulto o una maniobra de poder; y en consecuencia, puede ser rechazado. Quien hace un regalo, es libre de hacerlo; pero para que la comunicación sea libre, es preciso que el otro acepte libremente ese regalo. En caso contrario ni siquiera cabría hablar de comunicación. Despreciar un regalo es incomunicarse con quien hace el regalo: rechazarle o al menos aislarse de él. En síntesis, la comunicación del regalo exige tanto la libertad de dar como la libertad de aceptar.

¿Pero cómo es posible que alguien rechace un regalo? ¿Es razonable que alguien no acepte un bien que se le entrega sin exigirle algo a cambio? Quizá parezca absurdo pero de hecho es así: el malestar, o incluso la indignación, ante un regalo recibido es una experiencia universal.

Por eso, ante el rechazo del regalo, hay quienes tratan de imponerlo por la fuerza. Y argumentan así: este regalo es un bien para esta o aquella persona; por lo tanto, aunque ahora lo rechace, hay que forzarle a aceptarlo porque es para su bien: ya se dará cuenta con el paso del tiempo de que se trataba de algo valioso. Así se justifica la violencia en el regalo.

En general, ésta es la causa por la que la educación no es algo apacible y celestial, donde padres y maestros ofrecen generosamente regalos, que se acogen con un dulce agradecimiento. Basta pisar un colegio o una Universidad pocos minutos para despertar del sueño. La educación frecuentemente no es comunicación libre sino más bien violenta. Lo normal es que haya violencia por parte de los alumnos y también por parte del profesorado o de las instituciones.



La educación, a menudo, sólo puede realizarse a partir de un pacto de no agresión, más o menos inestable, teñido siempre de tensión y difíciles negociaciones. Y esto vale para la comunicación entre profesores y alumnos, pero también para la comunicación entre padres e hijos.

En cualquier caso, la pregunta sigue siendo la misma: ¿cómo es posible rechazar un regalo? Pienso que hay dos motivos fundamentales: se puede rechazar, en primer lugar, porque la aceptación a veces resulta costosa; en segundo lugar, porque el destinatario del regalo puede considerar que la bondad del regalo es sólo aparente, ya que en realidad se trata de un mal.

Examinemos cada una de estas razones. Primeramente, se puede despreciar un regalo porque la aceptación requiere unos sacrificios que no estamos dispuestos a hacer. Con frecuencia, la aceptación es costosa. Un ejemplo: supongamos que me regalan un viaje a Viena este fin de semana; pero para ir tengo que renunciar a los planes que había hecho para esos días, cosa que no estoy dispuesto a hacer.

De la misma manera, un estudiante puede decidir no asistir a clase o no estudiar un libro, porque no está dispuesto a sacrificar otros planes alternativos. Un niño muchas veces rechaza la medicina ofrecida por sus padres, y se resiste y llora, simplemente porque no le gusta el sabor.

Hay regalos exigentes, que sólo revelan su valor cuando se asume la exigencia. El hombre rechaza muchos regalos porque exigen esfuerzo. Aunque el interesado no tenga ninguna duda de que se trata de clarísimos bienes. El hombre es así. No hace todo lo que le parece valioso, simplemente porque le cuesta demasiado: rechaza cosas valiosísimas, simplemente por el esfuerzo que supone alcanzarlas. Puede parecer absurdo, pero así es el hombre.



Hay una segunda razón, y más profunda, por la que se puede rechazar un regalo. A veces el destinatario interpreta que el regalo ofrecido en realidad no es un bien, sino un mal. Está envenenado. Cualquier hombre sabe que muchos bienes aparentes son sólo aparentes. Hay drogas exquisitas que destruyen el cuerpo y el alma: los primeros que las probaron quizá pensaron que eran realmente buenas, pero resultó un espejismo. El bien aparente y el bien verdadero, por desgracia, no siempre coinciden.

Lo dramático para la educación es que la gente tiene opiniones muy distintas sobre lo que es verdaderamente bueno. La inteligencia del hombre es bastante limitada. Es difícil hacerse cargo de un asunto en su totalidad. Sólo disponemos de algunas perspectivas, pero se nos escapan muchas facetas de un asunto. Es irremediable.

Un estudiante puede discrepar de sus padres o de sus profesores acerca de lo que es bueno para él. Y de hecho discrepa. Y lo que para el profesor es un regalo, a él le parece algo dañino. No siempre comparte la opinión de sus padres ni de sus profesores acerca de que tales estudios sean maravillosos: al menos, no para él.

La pregunta entonces es: ¿cabe utilizar la violencia en la educación? Es decir, ¿se pueden imponer por la fuerza unos bienes a otras personas? ¿De ninguna de las maneras?

En mi opinión, ha de tomarse como punto de partida que la vida buena propia del hombre es una vida libre. Incluso los mayores placeres del hombre dejan de serlo cuando se realizan por la fuerza. El placer sexual, por ejemplo, es considerado como un alto placer, y sin embargo sólo es tal placer si se goza libremente: en caso contrario, es una violación y resulta sumamente desagradable.



La libertad es un bien importante para el hombre. Ciertamente la libertad no agota todos los bienes del hombre; pero sin libertad, los bienes específicamente humanos desaparecen. Los únicos bienes accesibles por la violencia son bienes estrictamente corporales, como la salud física. Para que existan los demás bienes, es preciso un mínimo de consentimiento libre. Y la educación es sin duda el regalo de un bien no directamente corporal. Por tanto, considero un error grave en la educación -a pesar de la buena intención que en ocasiones se tenga- el imponer por la fuerza unos determinados bienes a quien no lo desea. Por grandes que sean esos bienes.

Hay que contar con que el educando es alguien con libertad: el bebé de un mes carece de libertad. Lo mismo que alguien que está dormido. Es obvio que sólo se puede esperar aceptación libre de un regalo, si el destinatario puede responder libremente. Por eso, es importante saber cuándo los niños comienzan a disponer de 'uso de razón' (que expresa una libertad incipiente). Igualmente se dice que alguien ha alcanzado la 'mayoría de edad', porque se le supone una libertad suficientemente madura. Son límites difíciles de señalar, pero es indudable que hay una gradación en el crecimiento de la libertad desde los 2 hasta los 14 ó 18 años. Por tanto, cabe imponer al niño una cierta coacción de su *espontaneidad* en tanto carece de libertad. Pero ha de haber un respeto total de su *libertad* en tanto dispone de ella.

Por lo demás, respetar absolutamente la libertad del educando no significa quedarse de brazos cruzados esperando que descubra por sí mismo la supuesta bondad del regalo que se le quiere hacer. El educador ha de mostrar lo valioso del bien que ofrece. Debe lograr que *aparezca* la belleza del regalo. La belleza de algo es su esplendor: es decir, la aparición de lo valioso escondido dentro de sí.



Por eso, es tarea de un buen profesor conseguir que lo valioso aparezca como valioso: no sólo que lo que explique sea bueno, sino que lo parezca. Cuando un alumno comienza una asignatura, no tiene ni idea de si es bueno o no el estudiarla. Ha de fiarse de indicios, señales, de apreciaciones más o menos superficiales. Un libro no se sabe si es bueno o malo hasta que se ha leído: mientras, sólo cabe la seducción del título y de la portada, el índice y unos párrafos escogidos de aquí y de allá.

La retórica -en el sentido clásico de la expresión- es esencial en la educación. El educador ha de lograr mostrar la belleza de las cosas. Ha de cuidar las expresiones y las formas, para que manifiesten el bien oculto al alumno. No es un tema menor, porque -repito- el educando va descubriendo los bienes paulatinamente, y sólo los aceptará si le *parecen* valiosos: por el contrario, si le disgusta su apariencia, los rechazará. No habrá comunicación libre sino, en todo caso, imposición violenta.

Un educador debe ser un experto en apariencias. No se trata de mostrar una belleza inexistente, sino de anunciar la belleza real de las cosas. Sin duda hay una retórica llena de palabras brillantes pero huecas: una mentira, una publicidad falsa. No es ésa la retórica que se reclama en el profesorado, sino simplemente la capacidad de expresar en sus palabras -y en sus gestos- el brillo de la verdad.

Por otra parte, la retórica no sólo exige palabras hermosas. La retórica exige además conmover: mover las emociones de los oyentes para que reaccionen adecuadamente a la bondad del contenido. Si son cosas tristes, el buen orador despierta tristeza; si alegres, alegra a su auditorio; si esperanzadoras, alienta al optimismo; si terriblemente injustas, inflama la indignación de quienes escuchan. No se trata de manipular las emociones, sino de que las emociones respondan exactamente a los contenidos.



No hay que olvidar que la educación tiene un fin práctico: forma el carácter para la acción. Y para vencer los obstáculos, para lograr que lo valioso no cueste, las emociones son esenciales. Decía Hegel que nada grande se ha hecho en el mundo sin pasión. Y ciertamente es así. Una enseñanza fría y aséptica, distante, como si diera igual conocer aquello o ignorarlo, en mi opinión es una mala educación. Por el contrario, una buena educación es aquella capaz de despertar pasiones profundas que superan los obstáculos más arduos. La verdad, como la belleza, es apasionante.

Por la misma razón, nada hay tan perverso como manipular las emociones de los oyentes. Engañarles despertando entusiasmos vacíos. Porque nada hay más triste que el desengaño. Y como decía Platón, igual que existen misántropos desengañados de los demás hombres, también hay *misólogos*: hombres desengañados de la verdad, de las palabras y de la razón. Personas para quienes todo aprendizaje es banal. Convertir a un estudiante en misólogo es una lamentable hazaña.



4. LA EDUCACIÓN UNIVERSITARIA

Dentro de las distintas formas de educar, la educación universitaria ofrece unos rasgos específicos. En una primera aproximación, se distingue porque los educandos son personas mayores de edad; y también porque la educación parece centrarse en una especialización de los conocimientos intelectuales. Con otras palabras, el estudiante universitario es alguien mayor de edad, que se especializa en una ciencia determinada.

En primer lugar hay que destacar que se trata de personas a quienes la ley reconoce un uso pleno de su libertad. Al menos se supone que son suficientemente libres para responder de sus actos. Sin embargo, quizá algunos lo sean de manera muy insuficiente: no todos los hombres tienen idéntica madurez a la misma edad. Sin duda sucede que personas de dieciocho años son inmaduros e irresponsables: la edad física no garantiza automáticamente un grado determinado de madurez.

Por eso, no se debe olvidar en la educación universitaria, que aunque legalmente se trate siempre de mayores de edad, en ocasiones hay que vérselas con mentalidades infantiles e inmaduras: personas que no asumen compromisos, que no se responsabilizan de lo que hacen, que hacen dejación de derechos y obligaciones, que no se atreven a tomar decisiones por sí mismos, ni saben pensar por propia cuenta. Entre los estudiantes universitarios hay de todo: gente con mentalidad de niño, de adolescente y de adulto. En consecuencia, la universidad frecuentemente ha de completar la educación de la libertad, incitando a los alumnos a tomar decisiones y a asumir responsabilidades y compromisos.



Pero en cualquier caso -mientras que no se demuestre lo contrario- cabe suponer a todos los universitarios libertad plena. La ley, por lo demás, así lo establece: si se quiere, es una *fictio iuris*, que finge la igualdad de responsabilidad en todas las personas a partir de una determinada edad.

Por tanto, los estudiantes universitarios pueden firmar un contrato y responsabilizarse de lo que firman. La incorporación de una persona a la universidad supone un contrato: es decir, un intercambio por el que la universidad se compromete a impartir unas enseñanzas a cambio de una determinada cantidad de dinero. Todo según un régimen aceptado por ambas partes.

En consecuencia, la educación universitaria sigue unos cauces fijados de antemano en un contrato. Todos -alumnos, profesores, directivos, administrativos...- aceptan esas reglas de juego. El profesor, por ejemplo, no puede explicar lo que quiera sino solamente la asignatura fijada en el plan de estudios, y ha de atenerse al calendario correspondiente. Etcétera.

¿La educación universitaria es un puro intercambio? ¿No es entonces regalo? Se ha definido el intercambio como una comunicación libre en la que existe reciprocidad, es decir, igualdad en la correspondencia del uno al otro. El regalo, por el contrario, carece de esa igualdad. En la educación universitaria ciertamente hay intercambio, porque existe esa igualdad: el estudiante paga un dinero que supone del *mismo* valor que las enseñanzas impartidas. La universidad lo acepta así, y el profesorado recibe una remuneración equitativa por sus enseñanzas. Por tanto, hay igualdad e intercambio.

Ahora bien, esa igualdad es una ficción. Se ha aludido más arriba a la ficción de la mayoría de edad, y ahora hay que hacerlo respecto a la ficción de la igualdad en el contrato universitario. En efecto, cuando se establece pagar X pesetas a cambio de una determinada formación, no se está diciendo que el



valor real de esa formación sean esas pesetas: se habla sólo del valor de cambio en el mercado, pero ese valor de cambio es sólo una ficción respecto a su valor real. Quizá valga realmente más, quizá menos, pero el régimen del mercado exige fijar un precio igual para ambas partes.

Es una consecuencia del ingreso de la educación en el mercado. Todo lo que entre en el mercado ha de tener un precio, porque el intercambio es esencial al mercado. Si la educación universitaria accede al mercado, entonces ha de tener también un precio. Por eso, ya desde Platón, existe una corriente de opinión que propone alejar del mercado a la educación, porque la formación de las personas es de un valor tan precioso que excede cualquier cantidad de dinero que se esté dispuesto a pagar.

Pero no es necesario identificar la educación privada con el mercantilismo de la educación. Es decir, cabe mantener la educación en el mercado, siempre que se acepte que el precio es una ficción. Hay que aceptar con Platón que no existe igualdad entre el precio (por muy elevado que sea) y el saber que el profesor transmite o investiga. Pero nada impide *fingir* un precio para que sea posible el intercambio del mercado.

En consecuencia, la educación universitaria no se reduce sin más a los contratos de intercambio, que regulan las relaciones dentro de la universidad. Es eso, pero es más que eso. El precio de la educación universitaria es solamente una consecuencia de su incorporación al mercado. Pero la educación es mucho más que su dependencia del mercado.



Concretamente, la educación universitaria supone regalos de diversas instancias, con anterioridad a su presencia en el mercado. En primer lugar, frecuentemente el dinero que los estudiantes pagan por sus estudios es un regalo de sus padres, que quieren una mejor formación para sus hijos: éstos no firman un contrato con sus padres obligándose a devolver esas cantidades con intereses incluidos. Los padres no son la banca. Es decir, la educación universitaria supone a menudo el regalo de educación que los padres ya hacen a sus hijos desde que nacen.

Puede suceder que un estudiante universitario pague sus propios estudios con sus propios ingresos. Aun así, el saber que recibe en la universidad incluye el esfuerzo de muchas personas de generaciones atrás a quienes no puede pagar. Es decir, el saber humano no está inventado en su totalidad por el profesor que lo enseña: él es solamente un mero transmisor de un saber logrado por el esfuerzo de millones de personas durante miles de años. Es ingenuo suponer que el estudiante paga con unos miles de pesetas esos esfuerzos. Entre otras cosas, porque no sabe quiénes son sus benefactores a los que debería pagar; y por lo demás, han muerto casi todos. Cualquier ciencia tiene detrás multitud de benefactores, algunos conocidos y la mayoría ignorados.

El saber universitario es cultura: o sea, es algo que se cultiva. Del mismo modo que se cultiva la tierra, así se cultiva el saber: la tierra, como el saber, es algo valioso. Es como un tesoro, que se usa, pero con cuidado para no destruirlo. El trato con el saber es un acto de culto: exige respeto. El hombre que trata con él, está tratando con algo de mucho valor. Si el saber no se cultiva, se pierde; de la misma forma que si la tierra no se cuida, se destruye.



La cultura universitaria es resultado del regalo de innumerables personas que nos han precedido. Es un tesoro que tienen hoy en depósito los hombres, y que puede ser acrecentado o dilapidado. Olvidarlo es una temeridad. Los profesores cuando enseñan o investigan, y los alumnos cuando estudian, deben tener presente que con el saber no se trafica: el saber se cultiva.

Todo esto es obvio para muchas instituciones públicas y privadas. Conocen perfectamente el carácter deficitario o escasamente rentable de muchas instituciones educativas, y a pesar de todo las promueven. Justamente porque piensan que el saber es más valioso que el dinero.



5. LA EDUCACIÓN DE LA INTELIGENCIA

Otro rasgo esencial a la educación universitaria es la formación de la inteligencia. Y concretamente la especialización científica. Quizá en otras épocas fue distinto; pero las universidades actuales se caracterizan precisamente por esta especialización.

La familia educa en todos los aspectos de la vida, y no sólo en la inteligencia. La escuela también, aunque dé una atención preferente al estudio de los conocimientos científicos más elementales. En cambio, hay instituciones educativas que se centran sólo en una dimensión de la persona. Por ejemplo, las escuelas deportivas y los gimnasios fortalecen el cuerpo. Hay muchas instituciones que promueven la educación. La universidad, por su parte, atiende a un aspecto muy determinado de la educación: la mejora de la inteligencia, y en particular el conocimiento profundo de una ciencia determinada.

Las universidades actuales no suelen tener como objetivo la formación integral de sus alumnos. La educación escolar, en cambio, sí atiende a todos los aspectos de la personalidad del alumno, y no sólo a la inteligencia. La universidad no. Una universidad que se proponga seriamente este objetivo -y no sólo como propaganda-, necesitaría una estructura radicalmente distinta de las actuales universidades.

Para aclarar qué significa educar la inteligencia, es preciso determinar qué es la inteligencia, y en qué consiste tener una buena inteligencia. Así se podrá decir cuál es la distancia que una buena educación de la inteligencia trata de salvar. Es decir, es preciso aclarar en qué consiste el progreso de la inteligencia, cuál es esa inteligencia ideal que hay que "sacar fuera". Según se responda a estas preguntas, se definirá un determinado proyecto educativo universitario.



En mi opinión, los aspectos de la inteligencia que deben ser mejorados en la universidad son: una mayor información, una mayor capacidad de unificar la información recibida, una mayor flexibilidad de pensamiento, y una mayor capacidad creativa. Son facetas estrechamente relacionadas entre sí.

Lo primero y más elemental que una universidad debe proporcionar es la información más extensa posible. Cualquier asignatura supone un incremento de información: cuanta más, mejor. En este sentido, potenciar el caudal de información de la memoria constituye una mejora importante de la inteligencia humana.

No obstante, es necesario que esa información esté articulada: muchos datos inconexos sólo sirven para que la gente se vuelva loca. Basta imaginarse a alguien registrando millones de datos absolutamente dispersos: la locura más absoluta.

Es decir, la articulación de los datos transmitidos es tan importante como su cantidad. Hay que regular la información que se da a los estudiantes. De hecho, cualquier hombre regula la recepción de los nuevos datos que le llegan, según los propios criterios: por ejemplo, se informa de aquellas cosas que más le gustan; o de aquello que le permite ganar más dinero; de lo que le parece más importante en sí mismo; etc. En este sentido, los criterios que posee el alumno son decisivos, porque encauzan toda la información que recibe.

En una asignatura se pueden explicar infinitas cosas. Un buen profesor es quien acierta con el criterio para distinguir lo que se explica y lo que se deja de explicar. Es preciso regular la información. Transmitir mucha información fragmentaria y dispersa facilita la locura, pero no el aprendizaje de una materia.



En resumen, es conveniente proporcionar una amplia información, siempre que se dé simultáneamente la clave para ordenar esa información tan vasta. Cuanta más información se transmita, más sólida deberá ser la unidad que estructure ese material. Si no, el edificio no aguantará.

Por lo demás, sería empobrecedor lo contrario: una unidad muy sólida pero sin apenas información. Se trataría entonces de una unidad abstracta y vacía: unos cimientos muy firmes, pero de los que se ignora su sentido, porque nada se ha construido sobre ellos.

Así pues, existen dos primeras dimensiones de la inteligencia que deben ser educadas en la universidad: por una parte, se ha de proporcionar a los estudiantes una información suficiente sobre cada materia; y por otra parte, se ha de procurar que los alumnos adquieran la capacidad de ordenar esa información recibida.

Este segundo aspecto es importante. En muchos tests de inteligencia se mide principalmente la capacidad de relacionar, de comparar, de establecer analogías: en definitiva, la capacidad de unificar datos dispersos. El cociente intelectual crece en la medida que alguien se hace más capaz de unificar.

Cualquier forma de conocimiento supone una cierta capacidad de unificar. Ver significa unir en una imagen visual muchos datos dispersos. Oír supone unir muchos sonidos en una unidad sonora. Recordar implica ordenar sucesos pasados en la unidad del antes y el después. Etcétera. La inteligencia, a su vez, une todo el material recibido en las sensaciones de una forma nueva.



Un rasgo esencial de la inteligencia es dar razones. La inteligencia da razón de las cosas y de los sucesos. Establece razones, porqués: dice por qué algo es así y no de otro modo. Y por medio de las razones, unifica todo el material recibido. Esto es por eso, y eso por aquello, y aquello por lo de más allá, etc.: hasta que llega un momento en que hay razones primeras por las que todo ese material informativo es precisamente así. Por ejemplo, la ley de la gravedad es *la razón* por la que muchos fenómenos suceden. Una razón permite unificar multitud de acontecimientos.

Por consiguiente, la enseñanza universitaria ha de prestar una especial atención a mostrar las razones por las que las cosas suceden. Enunciar tesis sin más, sin decir por qué, es una mala formación de la inteligencia, porque falta lo más propio de la inteligencia, que son las razones, los porqués.

No hay que olvidar, por lo demás, que el poder de la inteligencia puede crecer. Es decir, la capacidad intelectual de cada hombre es variable: puede crecer más o menos. Aristóteles hablaba de hábitos. Por ejemplo, cuando alguien aprende a leer, su capacidad intelectual se incrementa, porque puede entender cosas que antes no podía: la sola capacidad de leer le capacita para entender mucho más. Cuando una persona aprende economía, puede entender mejor las cosas que pasan. Los ejemplos son innumerables. El hecho cierto es que educar la inteligencia se traduce en un incremento de las propias capacidades intelectuales: en pensar más.

Así pues, la educación universitaria tiene como objetivo que los estudiantes adquieran nuevas capacidades intelectuales. Pero, ¿en qué consiste esa mayor capacidad? Se puede resumir bien con dos palabras: ampliar horizontes. Una persona con mayor capacidad intelectual es alguien con horizontes más amplios. Existe un horizonte para nuestros ojos: más allá no podemos ver. Y otro tanto pasa con nuestra inteligencia: hay un horizonte de comprensión, más allá del cual no entendemos nada.



Bien, pues es posible ensanchar nuestros horizontes intelectuales, de manera que podamos entender más. Y en eso consiste una parte importante de la educación de la inteligencia: alcanzar un horizonte amplio y articulado. Pasar del horizonte de un topo al horizonte de un águila. Pensar más es ante todo la capacidad de ordenar los datos dentro de un contexto más amplio. O expresado de manera negativa: una persona ignorante es quien tiene un horizonte estrecho, de forma que cualquier dato lo examina dentro de un contexto pobre: por decirlo así, su capacidad de relacionar resulta mínima.

Por lo demás, es decisiva la flexibilidad del horizonte: la ausencia de rigidez. La sabiduría popular dice que el tonto es aquél que cuando la linde termina, él sigue: es decir, tonto es quien tiene unos esquemas rígidos, de manera que no sabe modificar su conducta cuando las circunstancias cambian. Es un tópico afirmar que los ordenadores son estúpidos: de esa forma se subraya que su capacidad de autocorrección es muy limitada. En cambio, una persona inteligente se caracteriza precisamente por saber autocorregir sus esquemas. Rigidez es sinónimo de ignorancia.

Con cierta frecuencia la gente declara que se le han "roto los esquemas". O sea, han vivido unas determinadas experiencias, que no podían ordenar dentro de sus esquemas mentales. Han tenido que abandonar sus viejos esquemas y construirse unos esquemas nuevos para poder pensar esas experiencias. Pues bien, un horizonte flexible es aquel que no se rompe: se autocorriges sin romperse. Acoge lo nuevo sin abandonar lo viejo. La *Fenomenología del Espíritu* de Hegel remite constantemente a estas vivencias tan normales en los hombres.



Esto significa que una buena educación universitaria debe aspirar a proporcionar a sus alumnos flexibilidad de horizontes. No tanto una información rígida, sino más bien flexible. En consecuencia, la especialización es peligrosa, en tanto fomenta la rigidez. No vamos ahora a descubrir las ventajas de la especialización para el progreso científico o económico, porque son patentes. Pero sí vale la pena detenerse brevemente en esta desventaja.

Alguien que se especializa en el manejo de una máquina compleja y sofisticada se convierte en un inútil cuando esa máquina se vuelve anticuada..., salvo que sus horizontes sean más amplios que los mecanismos de esa máquina. En tal caso, no hay dificultad, porque sabrá cómo utilizar una nueva, o cómo trabajar en algo distinto. El problema reside en que el horizonte de sus conocimientos se reduzca a esos mecanismos. Como dice Ortega, estaríamos ante un bárbaro especialista. Cambiar de tipo de trabajo para un especialista puede ser una catástrofe, si debe aprender desde cero. Sus conocimientos eran rígidos, su horizonte estrecho.

Formar sólo especialistas es arriesgado, porque a medio plazo degeneran fácilmente en gente inútil y fracasada. Eso sí, los especialistas son eficacísimos a corto plazo, porque conocen su especialidad mejor que nadie.

Piénsese por ejemplo en la legislación. Lo decisivo no es que una persona se especialice maravillosamente en las leyes actuales, sino que sepa su sentido, de manera que cuando cambie la legislación, no tenga ninguna dificultad en asimilar las nuevas leyes. Igualmente de poco sirve que alguien conozca muy bien cómo se comporta un determinado producto financiero, si dentro de unos años quizá haya desaparecido.



Ciertamente una universidad no puede prescindir de formar especialistas, si no quiere que las nuevas promociones vayan irremisiblemente al paro al terminar sus estudios. Pero tampoco puede descuidar la amplitud y flexibilidad de horizontes, si no desea que dentro de algunos años sus graduados sean profesionales anticuados e ineficaces.

Por eso, una buena educación universitaria ha de orientarse a pensar lo nuevo. Dicho de manera paradójica: la educación no ha de orientarse a pensar lo que ya existe, sino lo que todavía no existe. Pensar lo imprevisible. Pensar el futuro. Ciertamente enseñar lo ya existente es útil: más aún, en cierto sentido es lo único que se puede enseñar, porque el futuro -por definición- no existe. Pero de lo que se trata es de enfocar lo actual con respecto al futuro. Es importante conocer la doctrina actual sobre seguros; pero más importante aún es conocer sus fundamentos y saber cómo pueden transformarse.

Un horizonte flexible es aquél que no se romperá cuando en el futuro surja lo imprevisto. Habrá nuevas técnicas contables, aparecerán nuevas formas de inversión, se abrirán nuevos mercados, surgirán estructuras organizativas insospechadas...: el dinero mismo dejará paso a nuevos símbolos que expresen la riqueza y que faciliten más eficazmente el intercambio. Y lo que es más importante: las personas nos sorprenderán una y otra vez, porque nada hay más imprevisible que las personas.

La educación universitaria debe enfocarse a la solución de problemas. No tanto a la repetición de unas doctrinas ya conocidas, sino más bien al planteamiento de problemas que aún no han sido solucionados. Los exámenes han de preguntar lo inesperado. Lo que se debe evaluar en los alumnos no es tanto su capacidad de repetir doctrinas acabadas y cerradas, sino más bien su capacidad de descubrir soluciones para problemas inéditos.



En definitiva, de lo que se trata en la educación universitaria es de lograr que los estudiantes piensen por propia cuenta. En general, que piensen sobre las cuestiones más diversas del hombre, de la naturaleza y de la sociedad; y en particular, que piensen por sí mismos sobre las materias específicas que estudian.

Pensar por propia cuenta significa ser capaz de reflexionar sobre los propios puntos de partida: es decir, examinar una y otra vez si los supuestos de los que se parte son adecuados a ese problema; o si, por el contrario, se necesitan nuevos puntos de partida para los nuevos problemas y las nuevas circunstancias. Cuando alguien piensa por propia cuenta, dispone de un horizonte amplio y flexible en el que incluir nuevos datos, porque sabe reflexionar sobre sus propios esquemas para corregirlos y mejorarlos.

Por lo demás, no hay que olvidar que la universidad española tiene como objetivo básico formar profesionales. Es decir, no se dirige tanto al estudio de saberes teóricos, como a que las enseñanzas tengan un alto valor práctico para la profesión futura. Se puede estar más o menos de acuerdo con estos planteamientos, pero de hecho es así. Pues bien, incluso desde este objetivo práctico, nada hay más eficaz que enseñar a pensar las novedades, los imprevistos, lo inesperado: aprender a medir los riesgos y las probabilidades del futuro. Pensar sociedades nuevas, modas nuevas, culturas nuevas. Esa es una enseñanza profesional eficaz, porque en una sociedad cambiante como la nuestra, no hay nadie tan necesario como alguien que se orienta en medio de la tempestad.



Una buena educación universitaria se podría resumir en enseñar a simbolizar. Simbolizar es crear símbolos: es la capacidad de inventar nuevos conceptos, nuevas leyes, nuevas hipótesis que mejoren las antiguas, y que permitan resolver los nuevos problemas. Por eso, el mejor estudiante es aquel que posee inventiva, capacidad de creación para formular hipótesis plausibles. Esa es la actividad más propia del que sabe pensar por sí mismo: inventar. Ser capaz de crear nuevos símbolos que den unidad a las experiencias pasadas y a las nuevas. Crear hipótesis que permitan unificar el mundo nuevo.

Siempre hay momentos en la vida en los que el hombre siente que ha de enfrentarse en solitario a situaciones inesperadas que no aparecían en los libros. Pues bien, la inteligencia universitaria reside en el espíritu creador que afronta con éxito las circunstancias inéditas.